

los Castillejos, y lo repiten sus amigos, y lo manifiesta el gobierno de S. M. Católica, y lo declara y lo deplora el Sr. Moreno López: no se presentaba ningún monárquico, no había monárquicos. ¿Cómo, pues, se había de establecer la monarquía?

«Nosotros, añaden, bien hubiéramos deseado la monarquía, no deseábamos otra cosa; queríamos establecer la monarquía, pero no había monárquicos. ¿Dónde estaban los monárquicos? ¿Dónde estaban? Estaban en la Habana, en Veracruz, en todas partes donde estuvo el marqués de los Castillejos, hasta que el marqués de los Castillejos lo expulsó de todas partes.

«En Veracruz ocurrió el suceso de Miramon, suceso en el cual el comodoro inglés, obedeciendo los instintos y las tradiciones del carácter inglés, comete un atentado con Miramon; el marqués de los Castillejos interviene para impedir las consecuencias graves de aquel atentado. Pero ¿interviene para proteger á Miramon? ¿Interviene en otro sentido? No; hasta deplora que Miramon haya cometido la imprudencia de presentarse allí. De manera que se presentan los monárquicos y son despedidos, y cuando se van, entonces se pregunta: ¿dónde están los partidarios de la monarquía?»

«¿Quién podrá negar que hay un partido monárquico en México? Cerca de cuatro siglos fué monárquica aquella sociedad. «¡Qué! exclama elocuen-

temente el Sr. Rios Rosas, ¿la complexión íntima, el organismo, el temperamento de una sociedad pueden modificarse en cuarenta años, hasta el punto de haberse desarraigado y trastornado todo para venir á convertirse como por ensalmo en una sociedad igual á la de los Estados-Unidos? ¡Impostura, imposibilidad!

También el partido republicano de México decía que no había monárquicos, y eso que el día que fusiló al general Robles, toda la población de Jalapa se vistió de luto, sin que las tropas del gobierno se atrevieran á castigar esta manifestación pública de su dolor y de sus opiniones políticas. Pero como para ese partido no será sospechosa la opinión de los Estados-Unidos, recuérdese que el general Scott, al entrar en la capital de México, en 1847, á la cabeza de un ejército invasor, decía: «Existe entre vosotros un partido monárquico, y los Estados-Unidos no pueden consentir en que ese partido se levante y forme un gobierno que tienda al restablecimiento de la monarquía en América. He venido para combatir con las armas á ese partido; he venido para destruirlo.»

Que el partido monárquico existe, que la parte sana de la población lo deseaba y lo miraba como su única salvación, lo veremos cuando llegue el momento de que pueda dar libre curso á su opinión y á su entusiasmo.

Todo parecía conspirar, empero, para acabar con sus esperanzas, hasta que supo el nuevo envío de tropas francesas. En tanto, el general Almonte habia sido reconocido como jefe supremo por las tropas mexicanas que se le habian adherido, por las ciudades que se habian pronunciado y por los gefes, oficiales y demas personajes politicos de su partido. La necesidad de fijar un centro de autoridad exclusivamente mexicano, de organizar las rentas é impuestos, de dar órdenes al ejército mexicano y de atender á todas las eventualidades que se presentasen, hicieron consentir al general Almonte en formar un pequeño gobierno, de acuerdo con el plan de Córdoba, cosa nada extraña en las costumbres de México. Era una medida muy provisional, desnuda de ambición y llena de embarazos; pero era preciso aceptarla para evitar la confusion.

En efecto, ademas de los generales Márquez y Galvez que se habian unido al general Almonte, le reconocian como jefe supremo los generales Mejía en el Estado de Querétaro, Lozada en el de Jalisco, Montaña en el de Puebla, Tacon en el de México, y los coroneles Galvan, Navarrete, Jimenez, Caamaño, Argüelles y Gonzalez en otros puntos, al mando de fuerzas decididas por la intervencion y la monarquía que tenian que reconocer un centro de autoridad.

El general Forey llegó á Veracruz en Setiembre de 1862, y dió el 24 una proclama en que declara-

ba que no iba á hacer la guerra al pueblo mexicano, sino á un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que para sostenerse habian tenido que vender al extranjero una parte del territorio de su país; hacia el elogio de los hombres que se habian unido á la Francia y un llamamiento á todos los que quisiesen la independencia y la integridad del territorio, sin que la Francia buscara ventaja alguna personal.

En seguida suprimió la autoridad provisional del general Almonte, sin enterarse de las causas que la habian hecho necesaria, ni tener en cuenta que ella habia proporcionado los recursos necesarios á la subsistencia de las tropas mexicanas, y sin guardar al general Almonte el miramiento que se debia á su posicion é influencia, y á la simpatía notoria de que gozaba ante el gobierno francés. El general Lorencez no se habia creído autorizado á socorrer á las tropas mexicanas (cosa prevista luego por el emperador Napoleon, como se ve en su carta al general Forey), á lo cual acedió la autoridad del general Almonte, impidiendo así que esas fuerzas, ya tan llenas de trabajos, se desbandasen y se entregasen al desorden. Con ese simulacro de poder se desmentia ademas la acusacion de que la Francia iba á conquistar á México y establecer un gobierno colonial.

Si el ilustre general Forey hubiese sido tan ducho en la política como lo es en las armas, se habria

concertado con el general Almonte, para que este depusiese el poder, sin alarmar al partido monárquico representado por él; y de ese modo la oposicion en Francia habria quedado satisfecha, y la causa de la intervencion en México hubiera progresado mas rápidamente, alejando la desconfianza que lo ocurrido hasta entonces habia hecho nacer.

Afortunadamente, el general Almonte, que observaba desde Orizava los primeros pasos del general Forey, comprendió desde luego que para evitar el mal que pudiera producir la precipitacion del general frances en el partido que era su mas firme apoyo, era preciso dirigirse á la nacion, como lo hizo en una proclama, en que al recordar á sus conciudadanos que la intervencion europea no tenia mas objeto que asegurar la independenciam y contribuir al establecimiento de un gobierno sólido, se lamentaba de los embustes que circulaban para hacer creer lo contrario; y queriendo por lo mismo quitar todo pretexto á los enemigos de la felicidad de los mexicanos, abandonaba el título de gefe supremo que le confirió el plan de Córdoba, título que no tenia mas objeto que impedir la confusion y organizar provisionalmente las provincias y ciudades que se iban adhiriendo á la intervencion; que queriendo allanar á esta el camino, volvía á su primera posicion, quedando á la sombra de la intervencion, animado del mismo deseo de reconciliacion y de al-

canzar el fin bienhechor que se proponian las potencias de la Europa.

Los que no conocian en Europa el carácter firme del general Almonte y su abnegacion, creian que al verse tratado como lo fué por el general Forey, regresaria á Europa, abandonando la causa de la intervencion y haciéndola fracasar con su retirada; pues no cabe duda que siendo él el único general mexicano que en aquellas circunstancias inspiraba confianza á las tropas mexicanas que habian sido llamadas por él para unirse al ejército expedicionario frances, al verle abandonar la causa de la intervencion, se habrian pasado al enemigo, ó cuando menos se hubieran desbandado. Mas el general Almonte, con una abnegacion admirable, como acabamos de ver por su proclama, y con un patriotismo á toda prueba, permaneció fiel á la causa que habia abrazado, porque comprendia que en ella iba en vuelta la salvacion de su patria, y á sus esfuerzos y constancia en conservar el buen sentido en las tropas mexicanas (cuyos gefes y oficiales le continuaron reconociendo como gefe supremo aun despues de haber cesado el gobierno provisional de Orizava), se debió el que dichas tropas no dejaran de cooperar eficazmente al triunfo de la intervencion y al restablecimiento del orden en México.

La llegada del general Forey en reemplazo del general Lorencez y del vicealmirante como plenipoten-